

China: el sueño frustrado de un desarrollo “virtuoso”

por Alberto Forchielli* y Romeo Orlandi**

Este es el primero de cuatro Cuadernos de Shanghai que se publicarán en el mes de agosto. Serán dedicados al desarrollo y a las contradicciones de la sociedad china. El ángulo de visión será el mundo de la economía y de los negocios. El primer cuaderno, de hoy, cubre brevemente el curso de China en la última década, un camino que ha representado una "regresión" con respecto a los objetivos iniciales. El segundo y el tercero cuaderno se ocuparán directamente de la dirección, a menudo negativas, que el país ha seguido, subrayando las contradicciones económicas internacionales (protestas de la diplomacia económica, las barreras a las corporaciones multinacionales, el nacionalismo económico, la eliminación de Shanghai como centro financiero, el retraso de la internacionalización del RMB) e interna (la disparidad de las rentas, las diferencias regionales, el papel de los bancos, la pompa inmobiliaria, la propiedad intelectual). El último cuaderno verá a la nueva China, los jóvenes, los estudiantes, los que no tienen miedo del contagio y también se nutren de información alternativa.



Sólo los observadores menos atentos pronosticaron escenarios extremos en el momento de la entrada de China en la OMC, la Organización Mundial del Comercio. En la cumbre de la análisis aparecieron predicciones apocalípticas: China habría deteriorado el comercio internacional, llevando a una deriva incontrolada de mala calidad, a los bajos salarios, a la reducción de las protecciones sociales. La competencia china habría retrocedido las conquistas sociales del welfare y provocado el cierre de los batientes de sus fábricas. El otro extremo conceptual - el primero en especular sobre su integralismo – veía en China una plena confirmación de la validez del liberalismo. Adheriendo a sus principios ahora victoriosos, Beijing estaba en el camino de las reformas, de la competencia leal, de un sistema basado en el valor de las leyes. Todos se beneficiarían: los consumidores con productos más baratos, los empresarios con menores costos de producción, los mercados emergentes finalmente alejados del subdesarrollo. La realidad era - y se ha probado - mucho más compleja.

En 2004, el año de la creación del Osservatorio Asia, China presentaba un marco articulado de difícil catalogación. Su identidad parecía distante: un país campesino por la cultura con un presente industrializado, un régimen autoritario con una gran libertad empresarial, una sociedad atrasada con puntos de lujo y de excelencia. Los observadores no eran ingenuos a un punto de poder imaginarse para China un camino lineal, ni se hundaban en el cinismo y en el pesimismo sus convicciones. La región de Osservatorio Asia creía que China podría seguir adelante con la palanca económica, que la riqueza producida probablemente habría creado una sociedad más inspirada por los valores universales, también ambicionados por China.

Pasados más de 10 años de aquel acontecimiento histórico, China progredió, pero no resolvió sus contradicciones. Un avance cuantitativo sin duda ha ocurrido, pero sólo aumentó con la frialdad de los números. China no ha construido una sociedad más libre y plural. La reforma política es regularmente aplazada. Las reglas del juego, por cambien, no califica a China de acuerdo con los standards internacionales. La ética del business cuesta imponerse. Propio en un momento de crisis no sólo coyuntural del modelo occidental, China ha tenido la oportunidad de proponer una visión alternativa, aunque no hostil. Los acontecimientos serían gratos no solo a las Cancillerías occidentales, sino también a los países emergentes. En cambio, Pekín sigue siendo prisionera de una crisis de cerco, como si tuviera que demostrar a todos su fuerza, imponiéndola como una arma de negociación de último recurso. Las multinacionales, después de que fueran por décadas sus mejores amigas, lamentan el agravamiento del business environment. Ahora menos necesarias después de la primera fase de la industrialización, están excluidas de las oposiciones y de las adjudicaciones internacionales en beneficio de las empresas locales. En el interior, la disparidad de las rentas aumenta y el mismo poder de Beijing, parece incapaz de controlar plenamente sus provincias, sus bancos, sus empresas.

El desarrollo ha traído los efectos colaterales que el país, por tradición, no está acostumbrado a administrar. Los problemas ya no se ocultan por el sentido único de la información. No es evidente en el horizonte una fuerte crisis en el sistema, pero la multiplicación de elementos de inestabilidad. Quiero decir, no tanto su germinación, pero el rechazo de liderar con nuevas herramientas. Se trata de una rigidez que necesitarán renunciar, por el bien de China. De hecho el país ha creado nuevos talentos, jóvenes preparados para mantener sus orígenes, pero no temen la abertura al mundo exterior, aunque conscientes de que esto presenta contradicciones inevitables, pero saludables.

*Presidente del Osservatorio Asia

**Presidente del Comité Científico del Osservatorio Asia